

Juan Solo
LA MANO
DEL VERDUGO

1974

*“Los monstruos son reales y los fantasmas también;
viven dentro de nosotros y, a veces, ganan”.*

Stephen King, escritor

Adán siempre se consideró un niño distinto a los demás pero desde el día en que empujó a su padrastro al vacío se supo alguien especial. Nunca llegó a conocer a su auténtico padre que murió al disparársele de forma accidental la escopeta de caza que estaba limpiando, antes de que él naciera. O al menos eso fue lo que le contaron. El hombre que ocupó su puesto resultó ser un borracho pendenciero que la tomó con el crío desde el primer momento y convirtió su existencia en un calvario.

Nunca fue querido, ni en su casa ni lejos de ella. Era un niño enclenque, como un pollo al que sus hermanos hubieran robado el alimento al salir del cascarón; un palmo más bajo que los demás muchachos de su edad, feúcho, la tez pálida como un jirón de niebla y siempre abrigado hasta las orejas. Eso le valió el apodo de Pocacosa. En un pueblo, un mote es como tu propio trasero: te perseguirá de por vida. Su caso no habría sido una excepción si un domingo, después de misa, al maestro no se le hubiera soltado la lengua con el vino.

—¡Ese mocoso es como una orquídea! ¡La menor corriente de aire podría echarle a perder! ¡Deberían encerrarle en un invernadero! —dijo, achispado—, y los demás parroquianos de la taberna rieron la ocurrencia.

Desde entonces comenzaron a llamarle Adán el Orquídea, y ya no fue capaz de librarse de esa deshonra hasta que abandonó Montellano para regresar a Sasamón, lugar en el que había nacido.

El Orquídea se encerró en su mundo y no permitió que nadie lo traspasara; se pasaba el día leyendo novelas de aventuras e imaginando convertirse en alguno de los personajes que poblaban sus páginas, lo que irritaba sobremanera a su padrastro que solía emprenderla a golpes con el niño.

Dos años antes de que todo cambiara, el señor cura proyectó *Pinocho* en el cine de verano y Adán quedó fascinado por la aparición del hada madrina. Durante un tiempo creyó que todos teníamos una que velaba por nosotros desde las estrellas. Cada vez que se iba a la cama miraba al firmamento a través del ventanuco de su habitación y le rogaba que le sacara de allí, pero jamás le escuchó. Con gran pesar comprendió que para que se produjera algún milagro en su vida debería obrarlo por sí mismo.

Cuando no había colegio Adán se escabullía por detrás del corral y subía a jugar a los canchales¹ de granito que salpicaban la ladera del monte. En aquel paraje desolado, entre rocas de formas caprichosas esculpidas por la mano de un gigante, dejaba volar la imaginación. Así fue John Silver el Largo tras el cofre del tesoro, un valiente correo del zar como Miguel Strogoff o un genio misántropo que se ocultaba de la humanidad igual que su idolatrado capitán Nemo. Este último era su personaje favorito; él también hubiera deseado poner rumbo al fondo del océano a bordo del veloz Nautilus y desaparecer.

No solo leía libros de aventuras, también le gustaban las historias de un manual de mitología que le prestó el maestro aunque las encontraba demasiado fantasiosas incluso para él. Los dioses griegos le parecían unos niños malcriados, crueles y caprichosos. Pero no podía negar que poseían un gran sentido del espectáculo; cada vez que planeaban algún castigo terrible contra los mortales, les mandaban una señal en forma de prodigio que solo unos pocos eran capaces de interpretar. Esos hombres especiales se llamaban oráculos y eran venerados por la comunidad. A él le hubiera encantado ser uno de ellos y gozar del respeto de todos.

1 Acumulación de depósitos de rocas en la base de laderas de formaciones montañosas.

Sin embargo, el día en que Adán puso fin a su sufrimiento, no hubo ningún prodigio sobrenatural ni cometas que atravesaran el firmamento ni cuervos que graznaran tres veces al amanecer. Aquella mañana, lo único inusual fue que el maestro se encontró indispuerto y mandó a los niños a casa. Quizá tuviera algo que ver su afición a empezar la jornada con un par de copas de anís... El padrastro de Adán, camionero ocasional, había hecho noche en Aranda de Duero y no había regresado aún a Montellano, de modo que el niño gozó de tranquilidad para entregarse a la lectura. Retomó una novela de Julio Verne que había abandonado a comienzos de curso: *Clovis Dardentor*. La historia, que narraba con detalle los pormenores del viaje de dos primos insulsos, no le había atrapado en un principio. Pero al entrar en escena el excéntrico personaje que le daba título comenzó a cobrar interés. Para desgracia de Adán su padrastro regresó de muy mal humor. Cuando le encontró leyendo junto al gallinero, le agarró por el pescuezo y le propinó una buena tunda. De nada sirvió que el niño tratara de explicarle que el maestro había suspendido las clases. El hombre le llamó holgazán, despojo y otras lindezas mientras descargaba el cinto sobre su trasero. Adán lloró, pataleó e imploró pero no le sirvió de nada.

—¡Si no hay clase te quedas encerrado en tu cuarto! —le ordenó, ebrio—. ¡Así no tengo que ver lo feo que eres! Le agarró de una oreja y le condujo hasta el interior de la casa.

—Un hombre trabaja para ganarse el pan que come, no anda por ahí pensando en las musarañas ni leyendo sandeces.

El niño no paraba de llorar y su padrastro le cruzó la cara de un bofetón.

—¡Toma, para que llores con motivo!

Adán se tumbó boca abajo sobre la cama de su cuarto y gimió en silencio. Trató de reprimir las lágrimas pero no fue capaz. El trasero le ardía y la cara también, aunque lo que más le dolía era el silencio sumiso de su madre, que no salió en su defensa. Ella nunca decía nada. Tan solo callaba.

Después de comer, su padrastro quiso dormir la siesta con ella. Tanto si acababa de volver de uno de sus viajes como si había echado la tarde en la taberna del pueblo, cualquier momento le parecía

bueno para irse juntos a la cama. Al niño le fascinaba que un adulto pudiera tener tanto sueño.

Tras un rato de encierro, Adán se escapó a leer al monte. Su padrastro se había bebido una botella de vino con la comida así que calculó que dormiría la mona durante dos o tres horas. Si tenía la prudencia de volver antes de que se despertara, nada ocurriría. Salió de la casa por la puerta de atrás y pasó junto al corral andando de puntillas para que las gallinas no se alborotaran.

Cuando llegó a los canchales, su refugio, olvidó todo y se sintió feliz. Inspiró y sus pulmones se llenaron del aroma de la primavera que despertaba. Hacía calor para encontrarse a finales de marzo y el campo aparecía salpicado por las pequeñas flores de la manzanilla. Adán se tumbó cuan largo era sobre la enorme roca que parecía el lomo de una ballena varada, a la que había bautizado como Moby Dick. El sol le acarició el rostro y una abeja zumbó a escasos centímetros de su nariz. Cerró los ojos e intentó imaginar cómo podría convertirse en un niño excéntrico, igual que Clovis Dardentor.

Debería ponerme un sombrero de copa para ir al colegio, pensó, y se echó a reír.

Se le ocurrieron otras ideas rocambolescas como vestirse igual que Buffalo Bill, llevar paraguas todos los días del año o hablar en verso. Esta última le pareció la más divertida y se entretuvo componiendo ripios sin sentido hasta que se quedó dormido al sol.

—¡Haragán!

Adán se despertó sobresaltado cuando la voz de su padrastro resonó como un trueno entre los canchales. Miró hacia abajo y comprobó que ascendía por la ladera hecho una furia.

—¡Llevo buscándote toda la tarde!

El hombre, de buena estatura y cuello ancho como un buey, se quitó el cinturón y se detuvo a escasos veinte metros de la ballena de granito. ¡Ven aquí! —le ordenó con gesto autoritario.

—¡Lo siento! —se disculpó su hijastro y no pudo contener las lágrimas. El sol estaba muy bajo así que debía de haber estado durmiendo un buen rato. ¡Ya iba a volver!

—¡Que vengas! —repitió, arrebatado por el esfuerzo de la subida.

—Por favor, no me pegues... estaba leyendo y me he quedado dormido.

—¡Te voy a enseñar a tomarte en serio un castigo! —Blandió el cinturón en el aire como un látigo. ¡Como no bajas ahora mismo te juro que te voy a moler a palos, Orquídea!

Su voz sonaba ebria. Todo el mundo bebía en aquel maldito lugar... Allí no había otra diversión más que emborracharse en la taberna y sacar a relucir los trapos sucios del prójimo. El niño saltó desde el lomo de Moby Dick y escapó ladera arriba. Su padrastro intentó echarle mano pero el crío se movía con una rapidez endiablada.

—¡Serás *hijoputa*! —gritó, frustrado—¡Cuando te agarre te voy a reventar, *desgraciao*!

Se lanzó tras él como un poseso y, para angustia del niño, la distancia que los separaba se redujo de forma alarmante. Adán corrió al límite de sus fuerzas hasta que el corazón le petardeó en el pecho como el motor de la Vespino del cartero cuando remontaba la cuesta de la iglesia. Supo que su padrastro no tardaría en darle alcance y optó por trepar a una enorme formación de granito gris a la que conocía como Camelot, por su semejanza con un castillo medieval.

—¡Me *cagüen* tus muertos! —gruñó su perseguidor, que había vuelto a quedarse sin resuello.

El Orquídea comenzó a trepar con facilidad por el nivel inferior de Camelot como había hecho en tantas otras ocasiones. Solo que, en sus juegos, había imaginado ser un caballero de la corte del Rey Arturo viviendo una gran aventura épica y, aquella tarde, lo único que empujaba sus piernas era la necesidad de escapar de otra paliza segura.

—¡Yo no he hecho nada malo! —protestó el niño sin dejar de ascender.

Cayó en la cuenta de que se había olvidado las aventuras de *Clovis Dardentor* sobre la espalda de Moby Dick y temió que su padrastro encontrara el libro y lo destrozara. No sería la primera vez. Se detuvo un momento y miró hacia atrás. El hombre le estaba observando desde la base de la roca, resoplando como un jabalí enfermo. Quizá se hartara de correr y le dejara en paz...

¡Ni lo sueñes! Está recuperando fuerzas para volver a la carga.

Adán trepó por la parte más empinada de la estructura y alcanzó la cima, a la que llamaba el Torreón. Nunca antes había intentado subir por allí. El promontorio, que parecía un caparazón de tortuga invertido, apenas ofrecía puntos de apoyo y los bordes de la roca eran suaves como el culo de un bebé. Tras varios intentos en los que estuvo a punto de resbalar y caer, logró auparse. Una vez sobre la estructura cometió el error de mirar hacia abajo y sintió un pequeño vértigo. Por un instante, creyó que iba a perder el equilibrio. Se sentó en cuclillas sobre su atalaya y se armó de paciencia con la ilusión de que su padrastro se acabara marchando.

—¿Vas a quedarte ahí arriba...? —le gritó él, al pie de Camelot. ¡Muy bien! —Cruzó los brazos por delante del pecho de manera desafiante. ¿Qué vas a hacer cuando caiga la noche, Orquídea?

—¡No voy a bajar!

—Te entrará hambre.

—¡Me da igual!

—¿Y los lobos, también te dan igual? Porque como te huelan lo más seguro es que vengan a por ti. ¡Les encanta la carne de niño!

Adán contuvo la respiración. Los perros le aterrorizaban, en especial Nube, la hembra de mastín de Julián, el Tuerto. Pero los lobos... ¡Eso ya era otro cantar! Imaginó su aullido rasgando la noche y la sangre se le convirtió en escarcha.

—¡Te comerán vivo, Orquídea!

El niño era de lágrima fácil y la perspectiva de quedar a merced de las fieras le desbordó. Rompió a temblar, como cuando le agarraba el frío en el pecho y le subía la fiebre, cerró los ojos y rezó un padrenuestro. Sopesó la situación y comprendió que lo más inteligente era claudicar; más valía llevarse unos cuantos golpes que morir devorado. Cuando abrió los ojos dispuesto a entregarse, descubrió con horror que el adulto ya había comenzado a trepar por la roca. Y le resultaba mucho más fácil que a él.

—¡Se me han *hinchao* las narices, Orquídea! —le gritó. ¡Voy a reventarte a palos, *so cabrón*!

Adán miró a su espalda en busca de una escapatoria pero no la halló; había más de diez metros de caída. Demasiados como para pensar en saltar. Cuando su padrastro se encontró lo bastante cerca

estiró el brazo derecho y trató de agarrarle de un pie. Él chilló y retrocedió con el culo pegado a la roca, como un cangrejo. El adulto gruñó, buscó un punto de apoyo para impulsarse y se encaramó sobre el Torreón profiriendo amenazas.

Y entonces, Adán tuvo una revelación: la única forma de librarse de aquel monstruo horrible era liberar antes al que habitaba en su propio interior. El resentimiento que había acumulado durante años de burlas y desprecios despertó y tomó el control. Y lo hizo para quedarse al mando. Temblando aún, se puso en pie y esperó a que el adulto, que ya había logrado auparse, se dispusiera a incorporarse. Cuando apoyó ambas manos sobre la roca y elevó su centro de gravedad, Adán dio dos rápidos pasos hacia él, le plantó la suela del zapato en el costado y le empujó hacia el vacío. No le fue difícil desequilibrarle. Su padraastro braceó en el aire intentando encontrar algún punto de apoyo al que asirse pero sus manos resbalaron sobre la superficie pulida de la roca. Solo tardó en desaparecer de su vista un segundo, que a Adán se le antojó eterno. Escuchó un golpe seco y después otro más. Tras eso, no hubo más sonidos que los de cualquier otra tarde en la sierra de Gredos. El niño se dio cuenta de que estaba empapado en sudor y temió coger frío.

Si vuelvo a enfermar me perderé más clases.

Se arrodilló, gateó hasta el borde del Torreón y se asomó con precaución. Aunque solo alcanzó a distinguir dos piernas contorsionadas hacia atrás y una mancha oscura sobre la piedra gris, supo que aquella visión le acompañaría siempre. Rompió a llorar de manera desconsolada. Temía que el cielo se abriera para fulminarle por el crimen que acababa de cometer. Junió las manos, como hacía en la iglesia, y rezó esperando su fin.

—¡Perdóname, Señor! ¡Por favor, perdóname!

Pero Dios no envió ningún rayo exterminador contra él. Tras una tensa espera, en la que nada ocurrió, comenzó a preocuparse por cómo salir de allí. El sol estaba comenzando a descender sobre las copas de los árboles y no quería continuar en medio de la nada cuando cayera la noche. Volvió a asomarse al vacío y comprobó que las piernas del adulto no se habían movido. Estudió la forma de la roca y se acordó del gato de la tía Hortensia, que se subió a un pino

y después no supo bajar de él hasta que Germán Pelofuego le ayudó, de una pedrada. Adán buscó un apoyo fiable para descender pero no lo halló y temió acabar con la cabeza abierta como una sandía, igual que su padrastro.

Un traspie y adiós muy buenas.

Por fin se rindió a la evidencia y asumió que su única alternativa era saltar a la ladera por el abismo de Camelot, allá donde siempre había imaginado un foso lleno de cocodrilos. Se acercó con paso titubeante hasta el extremo opuesto de la roca y calculó la altura de la caída.

Debe de ser como tirarte desde el campanario de la iglesia.

Pasó un buen rato. Estaba seguro de que los otros niños no habrían dudado en saltar pero él no era como los demás; era distinto. Las sombras de los árboles comenzaron a alargarse y, a unos cien metros de distancia, creyó escuchar un crujido de ramas al partirse. Quizá tan solo se tratara del viento pero la idea de que los lobos pudieran aparecer atraídos por el cadáver de su padrastro le infundió el coraje que le había faltado hasta ese momento.

—¡Dios mío, si has tenido a bien librarme de ese canalla no me dejes morir aquí! —imploró.

Y, dicho esto, saltó.